
HIPARCO.

ARGUMENTO.

Un pormenor interesante relativo á Hiparco, hijo de Pisistrato, da á este diálogo su título y su valor; los personajes se reducen á dos, Sócrates y un desconocido, que no se nombra, y el amor á la ganancia, que es el objeto, apenas se desenvuelve. El amigo de Sócrates se muestra muy severo en punto al amor á la ganancia. Sócrates protesta; la ganancia es lo contrario de la pérdida, que es un mal, y por consiguiente es un bien; luego el amor á la ganancia es inocente y es universal; pero es preciso buscar la ganancia en las cosas que tengan un valor real. Tal es la mezquina sustancia de esta composición breve y superficial, atribuida por algunos críticos á Simon el Socrático, y digna verdaderamente de su oscuro origen.

HIPARCO

ó

DEL AMOR Á LA GANANCIA.

SÓCRATES Y UN AMIGO.

SÓCRATES.

¿Qué es el amor á la ganancia? ¿En qué consiste esta pasión? ¿Y cuáles son los amantes de la ganancia?

EL AMIGO.

A mi juicio, los que creen ganar cosas que verdaderamente no tienen valor.

SÓCRATES.

¿Pero, según tú, saben si estas cosas no tienen valor ó lo ignoran? Si lo ignoran, conviertes los amantes del lucro en verdaderos imbéciles.

EL AMIGO.

Imbéciles, no; sino gentes llenas de artificio, de perfidia y de codicia, que saben muy bien que las cosas con que especulan, no tienen valor, y sin embargo quieren ganar en ellas; tan grande es su impudencia.

SÓCRATES.

Veamos cómo te figuras que es el amante del lucro. Si un agricultor planta un árbol, sabiendo que no tiene valor, pero creyendo poder ganar cultivándole, ¿le considerarás como un amante del lucro?

EL AMIGO.

No hay cosa, mi querido Sócrates, en que el amante del lucro no se imagine deber ganar algo.

SÓCRATES.

No te alteres, como si tuvieras que vengar alguna injusticia; fijate más bien en mis preguntas, y respóndeme como si nada hubiéramos hablado aún. ¿Crees que el amante del lucro conozca el valor de las cosas con que se imagina deber ganar?

EL AMIGO.

Sí, ciertamente.

SÓCRATES.

¿Y quién conoce el valor de las plantas? ¿Quién sabe en qué estacion y en qué terreno conviene que se planten? Porque ¿qué razon hay para que dejemos de valernos de las magníficas expresiones (1) con que los oradores hábiles embellecen sus discursos?

EL AMIGO.

Creo que el agricultor.

SÓCRATES.

Pero creer poder ganar, ¿no es lo mismo que imaginarse deber ganar?

EL AMIGO.

Lo mismo.

SÓCRATES.

No intentes engañarme, á mí que ya soy viejo, tú que eres jóven, respondiéndome, como hiciste ántes, lo que no piensas. Vamos, dime la verdad. ¿Crees que un agricultor, que conoce su oficio y que sabe que planta un árbol sin valor, se imagine deber ganar con ello?

EL AMIGO.

No, ¡por Júpiter!

(1) El carácter de estas expresiones no puede apreciarse en la traduccion.

SÓCRATES.

Y qué, ¿el jinete que sabe que da á su caballo forraje sin valor, crees que ignore que causa la ruina de su caballo?

EL AMIGO.

No, verdaderamente.

SÓCRATES.

Luego no se imagina ganar con un forraje sin valor.

EL AMIGO.

De ninguna manera.

SÓCRATES.

Y qué! ¿el piloto que se arregla con un timon y unas velas sin valor, crees tú que ignore el perjuicio que va á ocasionarle, y el riesgo que corre de perecer él mismo y de perder la nave y el cargamento?

EL AMIGO.

No, verdaderamente.

SÓCRATES.

¿Luego no se imagina ganar con un aparejo sin valor?

EL AMIGO.

No, en efecto.

SÓCRATES.

Y un general, que viese sus tropas con armas que no valian nada, ¿creeria deber y poder ganar?

EL AMIGO.

De ninguna manera.

SÓCRATES.

Y si el tocador tuviese una flauta sin valor, el tocador de lira una mala lira, el arquero un mal arco, y en general todo operario que tuviese malos instrumentos, y el hombre sensato que estuviese mal equipado, se imaginarian deber ganar con ello.

EL AMIGO.

No es probable.

SÓCRATES.

¿A quiénes llamas entonces amantes del lucro? Porque los que acabamos de citar no son de los que se imaginen deber ganar en cosas, que reconocen que no tienen valor; y si fuéramos á creerte, mi excelente amigo, no hay un solo hombre que ame la ganancia.

EL AMIGO.

Pero, Sócrates, tengo por amantes de la ganancia á los que llevados de su insaciable codicia buscan con ardor las cosas miserables, de poco ó ningun valor, con la esperanza de agenciarse alguna ganancia.

SÓCRATES.

Pero por lo ménos, querido mio, ellos no saben que estas cosas son de ningun valor; porque acabamos de demostrar que esto es imposible.

EL AMIGO.

Así me lo parece.

SÓCRATES.

Pero si no lo saben, es evidente que lo ignoran, y que se imaginan que cosas sin valor tienen por el contrario un gran valor.

EL AMIGO.

Así parece.

SÓCRATES.

Pero los amantes del lucro, gustan de ganar?

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

¿No dices que la ganancia es lo contrario de la pérdida?

EL AMIGO.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿Hay algun hombre para quien el sufrir una pérdida sea un bien?

EL AMIGO.

No le hay.

SÓCRATES.

¿Antes, por el contrario, es para él un mal?

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

Luego sufren perjuicio los que experimentan una pérdida.

EL AMIGO.

Sufren perjuicio.

SÓCRATES.

Luego la pérdida es un mal.

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

Pero la ganancia es lo contrario de la pérdida.

EL AMIGO.

Lo contrario.

SÓCRATES.

Luego la ganancia es un bien.

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

Luego aman el bien esos á quienes tú llamas amantes de la ganancia.

EL AMIGO.

Así parece.

SÓCRATES.

No incluyas, por tanto, entre los insensatos, mi querido amigo, á los amantes de la ganancia. Pero ante todo, ¿tú mismo amas el bien ó no le amas?

EL AMIGO.

Lo amo.

SÓCRATES.

¿Hay algun bien que tú dejes de amar, dando la preferencia sobre él al mal?

EL AMIGO.

No, ¡por Júpiter!

SÓCRATES.

Pero tú amas igualmente toda clase de bienes.

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

Pregúntame á tu vez si yo no los amo tambien y te confesare que amo igualmente toda clase de bienes. Pero independientemente de tí y de mí, ¿no te parece que todos los demás hombres aman tambien el bien y aborrecen el mal?

EL AMIGO.

Así me lo parece.

SÓCRATES.

Pero hemos convenido en que la ganancia es un bien.

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

Ahora, mirando las cosas bajo este aspecto, todos los hombres nos parecen amantes de la ganancia. Por el contrario, bajo el punto de vista anterior no encontrariamos uno que fuese amante de la ganancia. ¿Cuál de estas dos opiniones es preciso adoptar para no equivocarse?

EL AMIGO.

Es preciso comenzar, Sócrates, si yo no me engaño, por formar una idea precisa del amante de la ganancia. Y se formará una exacta idea del amante de la ganancia, si nos lo representamos como un hombre que, arrastrado por un celo inconsiderado, cree ganar en aquello mismo en que los hombres de bien no se atreverian á ganar.

SÓCRATES.

¿No ves, mi buen amigo, que hemos convenido desde antes en que ganar es obtener alguna ventaja?

EL AMIGO.

¿Y qué importa?

SÓCRATES.

Es que también hemos convenido en que todos los hombres desean siempre el bien.

EL AMIGO.

En efecto.

SÓCRATES.

Luego los mismos hombres de bien desean toda especie de ganancia, puesto que toda especie de ganancia es un bien.

EL AMIGO.

Excepto, Sócrates, las especies de ganancia que deben causarles un perjuicio.

SÓCRATES.

Sufrir daño es sufrir una pérdida; ¿lo entiendes tú de otra manera?

EL AMIGO.

No; es sufrir una pérdida.

SÓCRATES.

¿Es ganando ó perdiendo como se sufre una pérdida?

EL AMIGO.

De una y otra manera. Se pierde perdiendo y ganando mal.

SÓCRATES.

¿Te parece que una cosa buena y útil pueda ser mala?

EL AMIGO.

No, ciertamente.

SÓCRATES.

¿Pero no hemos estado de acuerdo, hace un instante, en que la ganancia es lo contrario de la pérdida, que es un mal?

EL AMIGO.

Sin duda.

SÓCRATES.

Y que siendo contrario al mal, es un bien?

EL AMIGO.

Estamos de acuerdo.

SÓCRATES.

Ya ves, que intentas engañarme, afirmando con intención lo contrario de aquello en que ya estamos de acuerdo.

EL AMIGO.

No, ¡por Júpiter! Sócrates; por el contrario, tú eres el que me engañas, y no sé cómo me traes y me llevas de un lado á otro en esta conversacion.

SÓCRATES.

Habla mejor, te lo suplico; seria yo muy culpable, si no obedeciera á un hombre excelente y lleno de ciencia.

EL AMIGO.

¿Qué hombre? Y qué quieres decir con eso?

SÓCRATES.

Mi conciudadano y el tuyo, el hijo de Pisistrato, del barrio de Filedes, Hiparco. Es el hijo mayor y el más sabio de los hijos de Pisistrato, el cual, además de las muchas pruebas que ha dado de su sabiduría, fué el primero que dió á conocer en este país las poesías de Homero, y que obligó á los rapsodas á recitarlos sucesivamente y por su orden en las Panateneas, como lo verifican actualmente. Envió á Anacreonte de Téos una nave de cincuenta remos, y le hizo venir á esta ciudad. Quiso tener siempre cerca de sí á Simónides de Ceos, á quien atrajo y retuvo por medio de grandes recompensas y presentes. Al obrar de esta manera, se proponia instruir á sus conciudadanos, porque tenia la ambicion de mandar á hombres excelentes; y no era jactancioso de su saber, porque era modesto y generoso. Cuando hubo educado á los habitantes de la ciudad,

admirados ya de su sabiduría, quiso venir en ayuda de los del campo, levantó para ellos columnas en todos los caminos que unen la ciudad con los diferentes distritos; escogió en el tesoro de su sabiduría, que habia recibido de otros ó procurádose por sí mismo, las máximas más sábias, las expresó en versos elegiacos, y las inscribió como advertencias sobre estas columnas. Desde entónces cesaron de admirarse los sabios preceptos de Delfos: *Conócete á tí mismo, nada en demasia* y otros semejantes (1); porque se encontró más sabiduría en las sentencias de Hiparco. Los transeuntes, que leian estas inscripcion, cobraban gusto por su filosofía, y concurrían de los campos para aprender más. Las inscripciones eran dobles. En el lado izquierdo de la columna situada entre la ciudad y tal ó cual distrito estaba grabado el nombre de Hermes y en el lado derecho se leia: « Monumento de Hiparco: *Marcha por la senda de la justicia.* »

Otras muchas inscripciones numerosas y muy bellas se leian en otras columnas. En la de la vía Heriaca se leia: « Monumento de Hiparco: *no engañes á tu amigo.* »

Por lo tanto, yo nunca intentaré engañarte, siendo tu amigo, ni desobedecer á tan grande hombre. Despues de su muerte, los atenienses sufrieron durante tres años la tiranía de su hermano Hippias; pero por tradicion me consta, que Atenas sólo se vió oprimida durante estos tres años, pues ántes faltó poco para que los atenienses creyesen que vivian bajo el reinado de Saturno. Conforme á los testimonios más dignos de fe, la causa de la muerte de Hiparco no fué, como cree la opinion general (2), la afrenta

(1) Platon ha hablado ya de estas inscripciones en el *Carmides*.

(2) Tucídides refiere este suceso conforme con la opinion general, que parece ser la verdadera. Afirma tambien que Hippias sucedió directamente á Pisistrato, y que Hiparco murió sin haber reinado. (Lib. VI, 54 y siguientes.)

hecha á la hermana de Harmodio, la Canéfora (1). Esta es una patraña. Hé aquí la verdad. Harmodio era el predilecto de Aristógiton, que era correspondido. Pero éste, que estaba orgulloso de ello, creia tener en Hiparco un rival. Pues bien, á la sazón sucedió que Harmodio se enamoró de uno de los más bellos y más nobles jóvenes de aquella época, cuyo nombre he oido, pero se me ha olvidado. Este jóven admiró desde luego en Harmodio y Aristógiton su sabiduría; pero con el tiempo, habiendo entablado relacion con Hiparco, se manifestó desdeñoso con ellos, y entónces éstos, irritados por la injuria, se vengaron matando á Hiparco.

EL AMIGO.

Sin embargo, Sócrates, se me figura que ó no me consideras como tu amigo, ó que si me consideras de este modo, no te conformas con el precepto de Hiparco; porque no puedo ménos de persuadirme que de una manera ó de otra tú me engañes.

SÓCRATES.

Pues bien, quiero como en el juego de ajedrez, quitar de nuestras proposiciones la que te agrada, para que no creas que te engaño. Veamos; ¿qué concesion quieres que te haga? ¿Que no todos los hombres desean el bien?

EL AMIGO.

No, ciertamente.

SÓCRATES.

¿Que sufrir una pérdida y la pérdida misma no son un mal?

EL AMIGO.

No, ciertamente.

SÓCRATES.

¿Ó que sufrir una pérdida no es lo contrario de tener

(1) Es decir, *portadora de canastillos*. En las Panateneas, las jóvenes llevaban sobre la cabeza canastillos coronados de flores.

una ganancia, ni la pérdida lo contrario de la ganancia?

EL AMIGO.

Tampoco.

SÓCRATES.

¿Ó que tener una ganancia, siendo lo contrario del mal, es un bien?

EL AMIGO.

No, tampoco puede abandonarse esta proposicion.

SÓCRATES.

Te parece, á mi entender, que la ganancia encierra á la vez bien y mal.

EL AMIGO.

Así me lo parece.

SÓCRATES.

Pues bien, te concedo esta proposicion. Quiero que tal ganancia sea un bien, y tal ganancia un mal. La ganancia buena no es más ganancia que la mala; ¿no es así?

EL AMIGO.

¿Qué es lo que me preguntas?

SÓCRATES.

Voy á explicarme. Entre los alimentos, ¿no los hay buenos y malos?

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

¿Uno de estos alimentos deja de ser alimento como el otro? Ó mejor, ¿no son uno y otro igualmente alimentos, no diferenciándose en nada en tanto que alimentos, sino solamente en que el uno es bueno y el otro malo?

EL AMIGO.

En efecto.

SÓCRATES.

¿No sucede lo mismo con la bebida ó con todas las demás cosas que, permaneciendo las mismas, resultan unas buenas y otras malas, y que, sin embargo, no difieren

entre sí en cuanto á la esencia, que subsiste idéntica? Así es como el hombre es siempre hombre, aunque uno sea bueno y otro malo.

EL AMIGO.

En efecto.

SÓCRATES.

Ninguno de ellos es, á mi juicio, ni más ni menos hombre que el otro; el hombre de bien ni más ni menos que el hombre malo; el malo ni más ni menos que el hombre de bien.

EL AMIGO.

Dices verdad.

SÓCRATES.

¿No formaremos el mismo juicio de la ganancia, y no es siempre igualmente ganancia, ya sea buena, ya sea mala?

EL AMIGO.

Necesariamente.

SÓCRATES.

No gana más el que adquiere una ganancia honesta que el que la adquiere culpable, porque el uno no es más ganancioso que el otro, segun hemos ya convenido.

EL AMIGO.

En efecto.

SÓCRATES.

Ni el más ni el menos se aplican á ninguna de las dos especies de ganancia.

EL AMIGO.

No, ciertamente.

SÓCRATES.

¿Cómo podría nadie aplicar el más ó el menos á una cosa, á la cual no cuadran el más ni el menos?

EL AMIGO.

Imposible.

SÓCRATES.

Puesto que una y otra son igualmente ganancias, y

que se gana igualmente en ambas, debemos examinar lo que hay en ellas que da lugar á que merezcan las dos el nombre de ganancia. Por ejemplo, si me preguntas por qué llamo alimentos lo mismo al alimento bueno que al malo, te responderé que, en mi opinion, porque son uno y otro un nutrimento sólido para nuestro cuerpo, pues que esta es la haturaleza de toda especie de alimentos; lo concederás, ¿no es así?

EL AMIGO.

Sin duda.

SÓCRATES.

Con respecto á la bebida, se responderia de la misma manera que era para el cuerpo un alimento líquido, bueno ó malo, y que de aquí es de donde procede el nombre de bebida. Y lo mismo con todo lo demás. Trata pues de imitarme y responderme por el mismo orden. Cuando dices de la buena ganancia y de la mala ganancia que son igualmente ganancias, ¿qué ves en ellas que sea semejante y te autorice para llamar á ambas ganancias? Y si no tienes preparada la respuesta, escucha lo que voy á decir. ¿La ganancia no es lo que se adquiere no gastando nada ó poco, y recibiendo más?

EL AMIGO.

Hé ahí, á mi parecer, lo que yo llamo ganancia.

SÓCRATES.

¿Quieres decir, que ha realizado una ganancia el que, habiendo hecho una comida y regaládose sin gastar nada, ha contraído una enfermedad?

EL AMIGO.

No, ciertamente, ¡por Júpiter!

SÓCRATES.

El que con sus comidas se ha proporcionado una buena salud, ¿ha adquirido una ganancia ó una pérdida?

EL AMIGO.

Ha adquirido una ganancia.

SÓCRATES.

Luego la ganancia no consiste en una adquisición cualquiera.

EL AMIGO.

No, sin duda.

SÓCRATES.

¿Es tener una ganancia adquirir una cosa que no es ni buena ni mala?

EL AMIGO.

No, es preciso que sea buena.

SÓCRATES.

Y si es mala, ¿no es una pérdida?

EL AMIGO.

Me lo parece.

SÓCRATES.

¿No ves el círculo en que estás girando? La ganancia te parece que es siempre un bien y la pérdida un mal.

EL AMIGO.

En verdad ya no sé qué decir.

SÓCRATES.

No es extraño que te encuentres embarazado. Pero respóndeme á esto. Si alguno, gastando ménos, adquiere más, ¿consigue una ganancia?

EL AMIGO.

No le parecería mal, si, por ejemplo, habiendo gastado ménos oro ó plata, recibiese más.

SÓCRATES.

Pues bien, hé aquí lo que te diré. Veamos; si uno, habiendo gastado una media libra de oro recibe, una doble libra de plata ¿adquiere una ganancia ó una pérdida?

EL AMIGO.

Una pérdida, seguramente, Sócrates, porque el oro le vale dos en vez de valerle doce.

SÓCRATES.

¿Sin embargo, ha adquirido más que ha gastado? ¿Ó es que el doble no es más que la mitad?

EL AMIGO.

Es que la plata no tiene el mismo valor que el oro.

SÓCRATES.

Luego es preciso, al parecer, en la estimacion de las cosas tener en cuenta el valor que tienen; porque dices ahora que la plata en mayor cantidad tiene ménos valor que el oro, y el oro en menor cantidad más valor que la plata.

EL AMIGO,

Sin duda, porque así es.

SÓCRATES.

Luego el valor es lo que constituye la ganancia, independientemente de la cantidad, sea grande ó pequeña y lo que no tiene valor no es de ningun provecho.

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

Lo que tiene valor, dices, es lo único que merece ser adquirido.

EL AMIGO.

Sí, eso sólo.

SÓCRATES.

Y lo que vale la pena de ser adquirido, es lo inútil ó lo útil?

EL AMIGO.

Lo útil, seguramente.

SÓCRATES.

¿Pero lo útil no es lo bueno?

EL AMIGO.

Sí.

SÓCRATES.

¡Y bien! oh tú, el más intrépido de los hombres, ¿no

nos hemos puesto por tercera ó cuarta vez de acuerdo en que la ganancia era un bien?

EL AMIGO.

Así parece.

SÓCRATES.

Si lo has olvidado, voy á recordártelo. Pretendias que los hombres de bien no se prestan á hacer toda clase de especulaciones lucrativas sino que buscan las buenas y rechazan las culpables.

EL AMIGO.

Es cierto.

SÓCRATES.

Pero hace un momento ¿no nos hemos visto precisados por el razonamiento á reconocer que todas las ganancias, grandes y pequeñas, son igualmente buenas?

EL AMIGO.

Yo puedo verme estrechado, Sócrates, pero no estoy convencido.

SÓCRATES.

Quizá lo estarás más tarde. Por ahora, sea por convencimiento ó por cualquiera otro motivo, convienes conmigo en que todas las ganancias son igualmente buenas, lo mismo las pequeñas que las grandes.

EL AMIGO.

Convengo en ello.

SÓCRATES.

Convienes igualmente en que todos los hombres de bien desean toda clase de bienes. ¿No es así?

EL AMIGO.

Convengo en ello.

SÓCRATES.

Pero tú mismo has dicho, que los malos aman toda clase de ganancias, grandes ó pequeñas.

EL AMIGO.

Lo he dicho.

SÓCRATES.

Luego, según tus propias palabras, todos los hombres serán amantes de las ganancias, los buenos y los malos.

EL AMIGO.

Así parece.

SÓCRATES.

Nadie está entonces autorizado para criticar el amor á la ganancia, puesto que el mismo, que intentase hacerlo, sería un amante de la ganancia.

FIN DEL HIPARCO.